

COMO ANIMALES, COMO HOMBRES

Por Jimena Ayet

Así como Borges le permitió contar su historia a Asterión*, algún alma caritativa me dejó contar la mía por este medio.

No tengo un padre con título de nobleza, ni una historia tan emocionante como la del minotauro, sin embargo infundo el mismo miedo que él, en la gente. Yo les temo tanto como ellos a mí pero de esto hablaré más adelante.

Me considero un ser elegante y muy formal, por lo tanto antes de contar lo que sea realizaré las formalidades pertinentes. Me presento: soy un mamífero, carnívoro, de la familia de los felinos, conocido como puma. Nacido y crecido en un punto, en el mapa de América, de donde somos nativos. De todos los mamíferos que habitan el continente, mi especie es la que más lugares ocupa. Nos extendemos desde la fría Canadá hasta la otra punta fría de América, la Patagonia. Comparto casa con el pico más alto de esta parte del mundo, el Aconcagua, aunque yo vivo un poco más abajo, sobre el piedemonte mendocino.

Me gusta el lugar donde vivo, rodeado de cerros con abundante vegetación densa para poder esconderme cuando acecho. También cuento con cuevas en las paredes rocosas de los cerros, donde puedo descansar y desde donde logro vigilar el camino. Entre tanta roca y arbusto corre un arroyo que resulta no solo una fuente de agua para mí, sino también para otros animales que viven aquí cerca. Por lo tanto representa una trampa perfecta para conseguir presas que comer. Cuando son ellos quienes están bebiendo o refrescándose, yo los observo, los mido desde los arbustos o las cuevas. Me vuelvo uno con las hojas, ramas, suelo y viento. Uso el ruido que el viento hace entre las ramas a mi favor, eso distrae a los animales y no logran percibir los sutiles movimientos que realizo antes del ataque. Espero hasta que estén muy calmados, en confianza con el lugar, seguros de que nada va a interrumpir su tranquilidad (de esta forma la carne es más tierna al momento de comerla). Es en ese preciso instante es cuando salto. Tensiono todos los músculos de mi cuerpo con la atención puesta en un solo objetivo, la comida. Me impulso con las patas traseras, como un nadador en la largada, mientras las de adelante ya están estiradas y listas para llegar de un solo brinco a la garganta de la víctima.

Como verán me gusta la elegancia en todos los aspectos, por eso trabajo y me muevo de esta forma, rápida y efectiva. No soporto las peleas desordenadas, donde la presa realiza

*Referencia al cuento *La Casa de Asterión* de Jorge Luis Borges, en la cual se narra la historia del Minotauro desde su propia perspectiva

movimientos torpes para intentar atrasar lo inevitable. La desesperación en sus acciones y el sufrimiento en todo su cuerpo me distrae, en cambio con mi técnica, nos hago un favor a ambos. Solo yo salgo victorioso, pero la derrota no es tan dura ni vergonzosa para quien la padece, casi ni la sienten, de un momento al otro ya no sienten nada.

Justamente este fue el debate central que tuve conmigo mismo días atrás. Me cuestioné si atacar o no a dos especímenes humanos que merodeaban mi casa sin pedir permiso. Como adelanté más temprano, contaré sobre el recelo que tengo hacia la gente. Creo que este es el momento ideal para hacerlo y no postergarlo más.

Me gustaría iniciar con algunas aclaraciones. Bien sabemos que cuando una persona actúa con brutalidad, desenfreno y violencia la tildan de *animal*. Personalmente me siento sumamente ofendido con esta referencia. Aquí va la aclaración, además de elegante soy muy modesto y no me gusta que me calumnien. Jamás he realizado acciones por las que se llaman animales unas personas a otras. Nos batimos a duelo, sí, pero porque nuestra comida no está en góndolas, hay que buscarla cuidadosamente y a veces pelear por ella. Igual que al momento de aparearnos, no tenemos la posibilidad de usar palabras bonitas y lindos regalos para conseguir pareja. Si pudiese claro que las usaría, me parece más fino e indoloro. Fuera de eso somos muy respetuosos entre especies. No cazamos a otro por diversión, no las encerramos en jaulas para el disfrute de las familias, ni las hacemos bailar o realizar malabares para alegrar al público. Todo esto les debe sonar familiar, pues sí lo hace la especie humana hacia nosotros e incluso a veces hacia ellos mismos. Por eso les tengo tanto miedo. Temo terminar encerrado en una jaula con mis cerros y arroyos pintados en una pared.

Había logrado evitar todo contacto con las personas, hasta que hace unas semanas me topé con dos muy de cerca.

Siempre los veo pasar en esos caparazones de metal, o algo parecido, donde entran varios humanos y se mueven rápido sin que las personas muevan siquiera las piernas. Estos dos venían en una de esas corazas, sin embargo, en lugar de seguir el camino demarcado para ellos, montaña arriba, se detuvieron donde termina el arroyo e inicia el camino a mi casa desde el llano. Abandonaron el caparazón y caminaron por la ruta del arroyo, adentrándose más y más en mi guarida. Cuando se encontraban ya rodeados de muchas plantas de moras y rosa mosquetas, los hallé.

Había bajado a estirar un poco las patas después de una siesta de medio día y a beber un poco del agua rica y fría del arroyo. Estaba a orillas de este, hundiendo las patas en la tierra

mojada y el hocico en el agua, cuando escuché ruidos raros. Pasos y voces que no correspondían a los de roedores, cabras o caballos que frecuentaban la zona, por cierto los roedores son de mis platos favoritos, sobre todo los conejos, pero no debo distraerme con mi menú gastronómico, vuelvo a la historia que es lo importante.

Decidí escabullirme detrás de una roca cubierta de arbustos para ver mejor sin ser captado. Divisé dos bípedos que por su pelaje y manera de moverse deduje, eran humanos. Creo que se trataba de un macho y una hembra, en edad reproductiva y de cacería (económicamente activos en términos humanos). Apenas distinguí qué eran, la sangre se congeló dentro de mí y dejó de correrme por el cuerpo. El aire se cortó, dejó de soplar. El tiempo se detuvo y lo único que seguía moviéndose eran miles de pensamientos dentro de mi cabeza. Todos terminaban con las mismas preguntas, qué hacían ahí, qué iban a hacerme y qué debía hacer yo.

Aunque no parecían ser cazadores, no podía confiarme de que estuviesen simplemente de paseo, tenía que tomar una decisión sobre cómo actuar sin perder de vista sus movimientos. Necesitaba que mi cerebro se dividiera en dos partes iguales atentas a dos cosas diferentes. Esto, claro, no sucedió. Por el contrario aconteció lo que temía que pasara. Sumido en mis preocupaciones y temores, mi vista se nubló y los perdí. Tampoco conseguía escucharlos porque los latidos de mi corazón inundaban todo el espacio y no me permitían oír otra cosa más que eso. Por suerte no tardé mucho en divisarlos otra vez. Para mi sorpresa, no seguían el rumbo que llevaban sino que volvían sobre sus pasos.

Me pregunté si en mi distracción me habían encontrado y venían por mí, si me llevarían con ellos y me meterían en una jaula con paisajes de mentira en las paredes. Mi respiración y mi corazón se aceleraban al mismo ritmo, cada vez más. No lograba concentrarme, sabía que tenía que tomar una decisión rápida, decidir entre esconderme hasta que se fueran o no dejarlos ir. Pero mientras yo seguía con esta discusión en mi cabeza, las criaturas seguían avanzando, hasta que de repente se detuvieron en seco, habían encontrado algo. Ese algo me dejó tan estupefacto a mí como a ellos.

Estoy acostumbrado a depredar no a ser depredado, sin embargo en esa oportunidad me sentía la más débil de las presas. En el segundo en que me percaté de los extraños cuando me encontraba a orillas del arroyo solo pensé en escapar. No me detuve a reflexionar sobre las pistas o rastros que podía dejar y que lamentablemente y en definitiva dejé. Dos huellas perfectamente marcadas decoraban la húmeda tierra, gritándoles en silencio que algo, yo, estaba cerca y podían encontrarlo si se lo proponían.

Miraban hacia todos lados, giraban sobre sí buscándome. Me escabullí aún más entre los arbustos mientras ellos seguían rastreando el terreno con todo lo que sus ojos abarcaban. Los notaba nerviosos, titubeantes. Me pregunté una y mil veces en pocos segundos qué harían. Intentaba meterme en su mente, adivinar sus movimientos e intenciones, cazarme o irse.

Dudas, miedos e incertidumbre invadían otra vez todo mi ser. Esconderme, esperar o reaccionar, una u otra vez esas tres ideas me atravesaban. La presión aumentó cuando aceleraron el paso y hablaban cada vez más alto, lo que le hacía peor a mi ansiedad. Aunque no pudiese entender nada de lo que decían, sabía que todo lo que decían era referido a mí.

Entre toda la inquietud que sentía, un halo de cordura afloró. Cerré los ojos, respiré hondo hasta conseguir serenarme y enfocarme en los pasos por seguir. Palpé el suelo, medí el viento, analicé la corriente del agua, formulé e ideé mi plan de acción: daría un salto hacia uno de los humanos, de una sola mordida y por sorpresa lo desarmaría. El otro no tendría tiempo de atacarme, defenderse, siquiera de correr. Serían dos movimientos limpios, perfectos, elegantes como de costumbre.

Abro los ojos con una nueva mirada, de determinación y seguridad. Cuando ya estaba dispuesto a atacar vi a las personas ya en la salida del camino, donde no hay escondite alguno para mí. No tenía sentido correr el riesgo de intentar atraparlos en terreno limpio de maleza donde camuflarme. Podían además aparecer más de ellos y tornar todo sumamente dificultoso.

Esperé hasta verlos desaparecer en el caparazón y volví a la piedra donde retozaba más temprano esa mañana. Me puse a pensar en todo lo que había pasado. Al principio sentí decepción de mí mismo por no atraparlos y vengar a alguno de todos los nuestros que han caído en manos humanas. Un momento después de reflexionar eso, sin embargo, sentí alivio de no haberlo hecho. Ese día ya me había alimentado y esas muertes serían sin razón, un asesinato. La culpa me hubiese perseguido. Siempre hubiese recordado ese día como el día en que me comporté como un hombre.

La historia oficial y divulgada por las personas, dice que habían tomado un camino equivocado. Cuando lo notaron decidieron volver por el mismo sendero, desandararlo. Después de caminados unos metros, encontraron dos huellas a orillas del arroyo. Con mucho pavor siguieron caminando con más velocidad y empezaron a hablar más fuerte, al punto de los gritos, intentando con ello despistar al dueño del rastro en la tierra. Rápido y

sin parar llegaron al auto, se subieron, se fueron y no volvieron. Decidieron luego de contar muchas veces la historia, bautizar el camino que tomaron como *Sendero del puma*.



Soy Jimena, tengo 23 años y estoy terminando mi tesis de grado en la Licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública. Me gusta mucho leer y siempre he querido escribir, pero sentía que no tenía la imaginación o el vocabulario para hacerlo. Sin embargo, me he dado cuenta que no hace falta el vocabulario de un letrado para escribir algo bueno, simplemente hay que tener algo que contar y saber cómo hacerlo. Espero que esta sea la manera.